

LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, Pbro.

JUAN MINGUEZ

Flácido, pálido, de mediana estatura, retraído, revestido de una aparente timidez: así se me antoja recordar a Juan Mínguez Defis. Nos conocimos y nos tratamos, en nuestra más temprana adolescencia, en las aulas del Seminario Conciliar de Gerona. Había nacido en San Luis (República Argentina), en 7 de mayo de 1900, pero sus pies habían entrado en contacto, en sus días más tiernos —4 años de edad— con tierra catalana, más concretamente, ampurdanesa. Su familia se estableció en Figueras, y allí pasó su infancia, y allí, en el Colegio de los Hermanos Maristas, recibió una sólida instrucción primaria. Después, pasó al Seminario de Gerona, donde, entre los años 1913 y 1918, cursó humanidades y Filosofía. Pronto se revelaron sus aptitudes literarias en las academias y certámenes de la Congregación Mariana, dirigida por el Dr. Jaime Bordas, gran alentador de ideales y entusiasmos juveniles, y en diversos Juegos Florales acá y allá de nuestra tierra celebrados. Abandonó la carrera eclesiástica y, en 1919, se trasladó a Barcelona, donde entró en la casa "Doctor Andreu S. A.". En dicha empresa pasó a ser apoderado y director comercial, cargo que ejerció hasta la muerte, acaecida en Barcelona en 8 de julio de 1960. Trabajador infatigable y experto en cuestiones de comercio internacional y altas finanzas —ya que de pequeño impresionaba a los que le rodeaban por la facilidad con qué resolvía mentalmente las más largas y complicadas operaciones matemáticas—, dió un gran empuje a la mencionada empresa. Al margen de dichas actividades profesionales, y con extraordinario éxito, se dedicó al cultivo de las letras.



En 1920, publicó "Primicias", libro de poemas, con prólogo de Mosén Lorenzo Riber; en 1921, "La lluita en el repòs", libro de poemas, al que yo dediqué un artículo en las páginas del periódico gerundense "El Gironés"; en 1924, publicó un tercer libro de poemas, titulado "Moments"; en el mismo año la "Fundació Bernat Metge" publica sus traducciones de las poesías

de Tíbulo y de las elegías de Propercio, que merecieron generales elogios de la crítica; en 1926, la colección "Quaderns Blaus" le publica una interesante biografía del Dr. Andreu, fundador de la empresa comercial que él dirigía; en 1929, publicó la novela "Els dies verges", un tanto autobiográfica y de una gran osadía temática; en 1931, publicó un libro de narraciones, bajo el título de "Magda la generosa", que fue finalista en el concurso "Premi Creixells", en el mismo año de su publicación, y ganador del "Premi Rabell" en los Juegos Florales de Barcelona de 1933; también en 1931, estrenó, en el Teatro Novedades, de Barcelona, una comedia titulada "L' hora del secre"; y, en 1933, presentó al "Premi Ignasi Iglésies" la obra teatral "Una veu llunyana", galardón que no le fue adjudicado, a pesar de ser criterio unánime del jurado de destacarse como la mejor de las presentadas.

Abandonado el Seminario, mantuvimos relación epistolar y nos vimos en algunos Juegos Florales. Principalmente quiero destacar los que representaban el alfa y omega de dichos encuentros: los Juegos Florales celebrados en Sarriá de Ter, en el año 1920, en los que ya actuaba de secretario del jurado y él obtuvo un premio extraordinario y los clásicos Juegos Florales de Barcelona, en qué ambos fuimos premiados.

En una de sus cartas primerizas, después de su traslado a Barcelona, me dice que acaba de dar fin a la traducción de "Els contes del dilluns", de Alfonso Daudet, de cuya publicación no he podido tener noticia.

Colaboró en diversos periódicos y revistas de Gerona, Barcelona y en diversas publicaciones comarcales. Cabe destacar que en el semanario barcelonés "Mirador", a parte de narraciones y artículos sueltos, publicaba ordinariamente la crítica teatral.

Carles Ribá, en el volumen 143 de las publicaciones de "La Revista", publicado bajo el título de "Per comprendre", habla de la producción literaria de Juan Mínguez en términos altamente laudatorios.

Después de la revolución de 1936, abandonó el palenque de las letras, en el que se había tan notoriamente afianzado. Es por esto que ha muerto casi desconocido de las novísimas promociones. A este respecto, me viene a la memoria un artículo publicado muchos años atrás, en "La Vanguardia", de Barcelona, debido a la pluma de Gaziél, titulado "Cataluña la devoradora de hombres", donde el ilustre periodista se lamentaba de la facilidad con qué nuestro país olvidaba a sus hombres, la misma facilidad con qué los ensalzaba. Refiriéndose al mismo, digamos racial, defecto, Juan Costa y Deu, el popular "redactor en cap" de "La Veu de Catalunya", decía que debería hacerse un trastueque de aquel refrán que dice "agafa fama i posa't a jaure", porque, escritor que deja de publicar, escritor que empieza a pasar a la historia, que, en la mayor parte de los casos, quiere decir pasar al olvido.

No le olvidaron los hombres de su generación, a Juan Mínguez. José María de Sagarra le dedicó en "Destino", un sentido artículo necrológico, del que copiamos: "Entró por la puerta grande y acompañado de la mejor crítica de nuestro colmenar literario que entonces; una seguida, y cada vez más responsable labor, hizo de Juan Mínguez relevante figura en el primer equipo de nuestros prosistas". Octavio Saltor, en "El correo Catalán", le dedicó un profundo artículo necrológico, titulado "Suma de añoranzas", del que entresacamos: "Pero las páginas de Mínguez, cualquiera que sea el espíritu con qué resulten leídas, contarán, y por nuestra parte han contado ya, entre las antológicas que sobre Gerona y sobre el problema de "los dies verges", como diría, como dijo, el autor, puedan ser escritos a lo largo de varios decenios".

Y, como conclusión, se me antoja decir que su estilo, lo mismo en verso que en prosa, era de una impecable perfección formal, y que algunas de sus poesías son indiscutiblemente antológicas.

JUAN VILA PUIG

Me sería difícil decir en que momento empecé a ser algo en la vida de Juan Vila Puig, y él, correlativamente, también alguien en la mía.

La precisión cronológica, en este caso, sería asaz superflua. Considero suficiente decir que nuestra amistad tenía, entre otras más, las buenas cualidades de lo añejo.

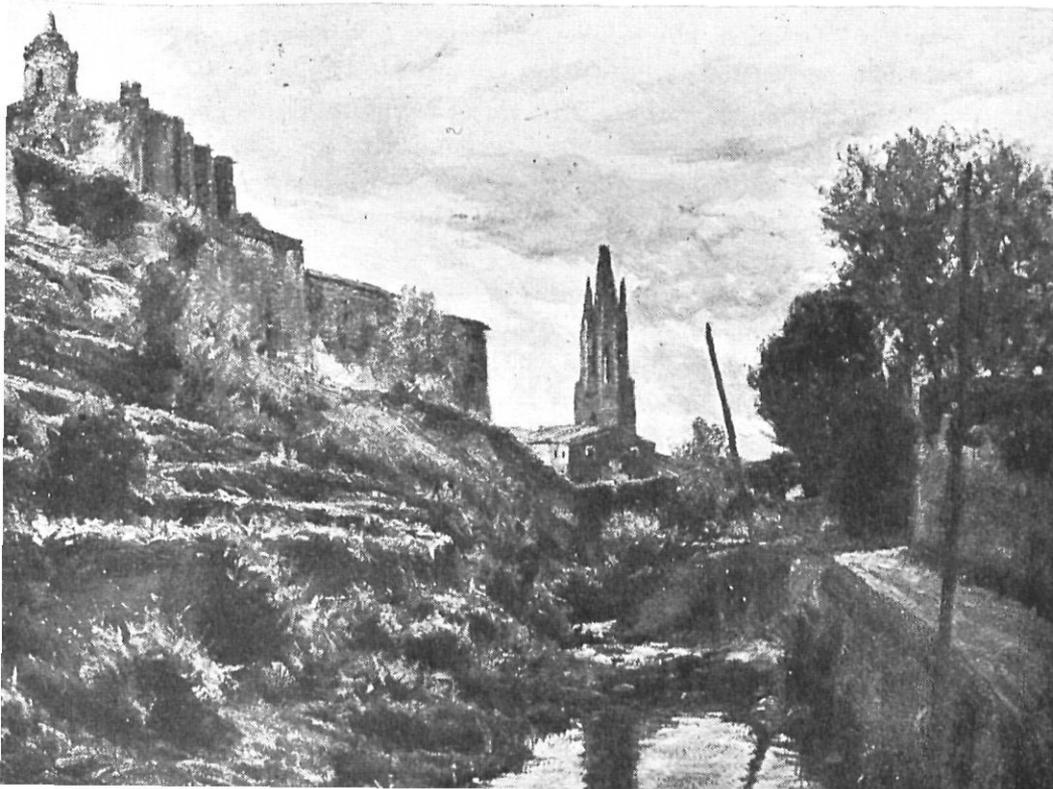
Como suele suceder entre revistas y hombres de letras, cuando uno —en un imprevisto encuentro— llega a estrechar, por primera vez, la mano de un autor, ya tiene estrechos lazos de su corazón ligados a la obra salida de aquella mano. Algo de eso —mucho más que en otros casos— me había sucedido con el ilustre pintor, feliz intérprete de nuestra ciudad: la urbe de piedra ciclópea, la de los cuatro ríos, la de las tres coronas de laurel...

Hay amistades y amistades. Las hay que nacen, crecen, envejecen y mueren, como algo ajeno a las vidas de las personas que habían disfrutado de ellas; las hay que nacen, crecen y envejecen y no mueren sino hasta la muerte de uno de los copartícipes. Cristianamente hablando, en este último caso, tampoco podríamos hablar

de muerte: la amistad, entonces, no fenece, sufre un cambio... como la vida de los que la cultivaron. Por algo nos dice el Prefacio de la Misa de Difuntos: "Vita mutatur, non tollitur". La amistad

que me unió con Vila Puig continuará siendo pues de estas.

Vila Puig no podía sospechar —arcanos de la Providencia— que la mano sacerdotal que estrechaba por primera vez, en un día muy lejano, sería la mano de la última bendición en su lecho de agonía. ¿Qué sabemos nosotros de los designios del Altísimo?



El Galligans. (Vila Puig).

Dos efemérides importantes jalonan el camino de nuestra amistad: la fiesta de sus Bodas de Plata matrimoniales con doña María Codina de Durán, celebradas en el Santuario de Nuestra Sr. de la Salud, de Sabadell, en la cual tuve la íntima satisfacción de officiar, y la fiesta celebrada en honor suyo, en San Quirze de Tarrasa, de donde era oriundo, con ocasión de darse a una calle de aquel pueblo el nombre de su ilustre hijo, que había resonado más allá del ámbito nacional. Uno de los actos del programa de esta fiesta fue un solemne Oficio, al que asistieron artistas y gente de letras de procedencia muy diversa. Celebró la Misa el entrañable amigo del homenajeado, el “Mestre en Gai Saber” mosén Ramón Garriga i Boixader, y tuvo el honor de anunciar la divina palabra el que suscribe. El tema de mi sermón —reconozco que era un tema más bien para una conferencia— fue: “Existe el Arte porque el hombre tiene alma”. No se trataba, naturalmente, de hacer, en el templo, el “panegírico” de un pintor homenajeado; se trataba de aprovechar la concurrencia de muchos artistas y hombres de letras para hablarles de la relación de sus “creaciones” con el Creador; se trataba de hablar concretamente del alma entre intelectuales muy dados a hablar de las cosas del espíritu, no pocas veces con una premeditada vaguedad; se trataba de hablar de una inmortalidad muy superior a la inmortalidad de las “producciones” humanas. Y, sin hablar del homenajeado, pero seguramente por sugerencia de su producción artística, recuerdo que traté —lo he constatado repasando viejos apuntes— también un poco de la sinceridad ante Dios y ante los hombres. Y esto sí que lo fue Vila Puig: un artista sincero. No podía ser de otro modo, si ya personalmente era de una sinceridad a ojos vista...

Yo no quiero meterme, ni por asomo, en escollos marginales a la obra pictórica del artista. En todo caso, no pasaría de ciertos consejos de Horacio en su “Epístola ad Pisones”, hoy tan olvidados. Ni esto. Mis consideraciones van a ser muy de otra índole.

Vila Puig era un hombre bueno, de una bondad casi fisiológica. Cosa muy rara entre artistas y hombres de letras, Vila Puig no hablaba nunca con desdén de ningún artista, ni de ninguna persona. Si alguna vez, imperativos de su misma sinceridad podían obligarle a decir mal de alguien, su más imperiosa bondad se lo impedía, y entonces optaba por callar.

Fue un enamorado de la serenidad y del colorido del paisaje catalán en sus múltiples variedades: de las tonalidades grises del Vallés, de los verdes esmaltes de nuestro Pirineo, de los glaucos de tierras gerundenses... Diversas son las interpretaciones que nos ha dejado de la silueta de la ciudad que se mira, se contempla, ensimismada, en la confluencia del Ter y del Onyar, junto al barrio típico de Pedret... Me es dado el placer de contemplar una de ellas, todos los días, en mi despacho.

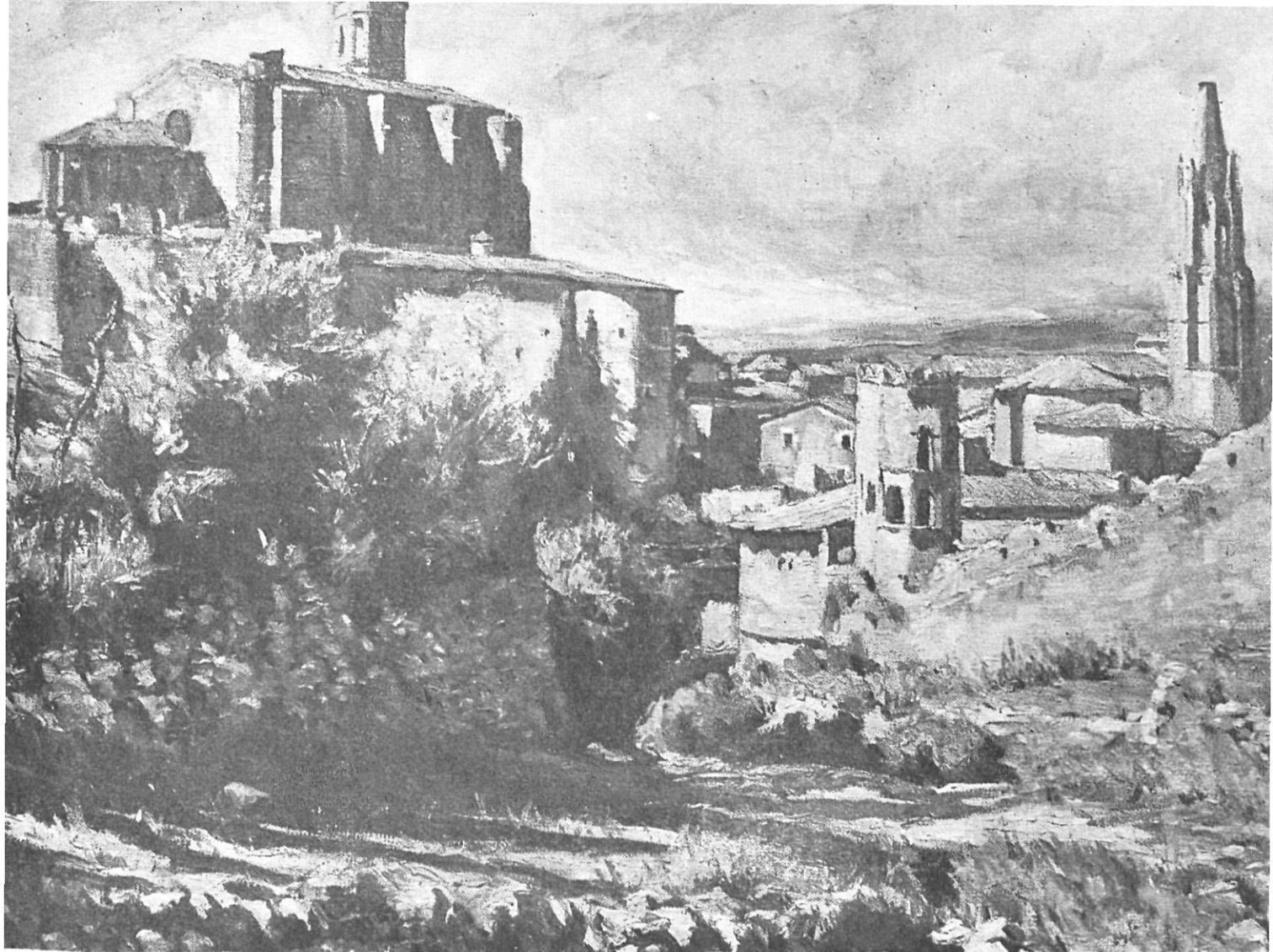
Vila Puig llegó a la plácida serenidad artística, por cauces evolutivos, a requerimientos de su imperiosa sinceridad, no sin antes haber experimentado, en sus años juveniles, las sugerencias del impresionismo dominante en aquellos tiempos. Pensando en él, se me acude la imagen de aquel río de aguas nítidas bajando plácidamente, como si no se movieran, y reflejando en el moaré de su superficie, árboles y casas anclados a su vera. Este río que había empezado siendo un arroyo saltarino, bajando por las vertientes, y que fue cobrando grandeza hasta llegar a la serenidad de la llanura...

En “Les pianos mécaniques”, cuyo escenario sitúa su autor, Henri-François Rey, en Cadaqués, hay un diálogo que también me hace pensar en el paisajismo de Vila Puig. La cita de este libro no es una recomendación de su lectura. Precisamente por esto —por contraste— doy a la cita más importancia en este caso. Dice el diálogo (no quito ni pongo, traduzco):

—Estoy trabajando en un retrato de un peñasco, allá al fondo de la montaña. Es un problema difícil...

—¿Es Vd. figurativo?

—Ya he dicho: hago el retrato de un peñasco... El retrato... No crea Vd. que yo busque, como se dice, un alma a este peñasco. Un peñasco carece de alma; un peñasco existe, y es el misterio de su existencia en la luz y en el espacio lo que yo busco...



Gerona. (Vila Puig).

El diálogo continúa, pero se me antoja ya bastante: lo demás no hace al caso.

Buen empeño para un artista buscar el misterio de la existencia de las cosas en la luz y en el espacio...

Juan Vila Puig había nacido en San Quirze de Tarrasa, en 10 de noviembre de 1890; murió en Bellaterra, en su casa solariega "Can Codina", en 6 de marzo de 1963, y sus restos mortales fueron inhumados en el panteón familiar, en el cementerio de Sabadell.

Era obtentor de la Primera Medalla en la Exposición Nacional de 1934; ostentaba la Medalla de Plata de la Ciudad de Sabadell; había sido largos años, Presidente de la Academia de Bellas Artes, de Sabadell, y era académico correspondiente de la "Real Academia de San Fernando".

Vila Puig fue un enamorado de Gerona y de sus bellos rincones comarcales: además de las varias y felices interpretaciones de nuestra ciudad y de sus alrededores, nos deja muchas otras de diversas comarcas gerundenses, especialmente de las veras del lago de Bañolas.

La prensa se hizo eco de su muerte, glosando su acusada personalidad. Caben ser destacados los artículos de José Francés, Secretario Perpetuo de la "Real Academia de San Fernando" y del escultor Camilo Fábregues, en el periódico "Sabadell"; del pintor Antonio Vila Arrufat, en "Cultura Cristiana", de Sabadell, y del publicista Octavio Saltor, en "El Correo Catalán". Seguramente que aparecieron otros artículos interesantes hablando de Vila Puig, a raíz de su muerte, que no llegaron a ser conocidos.